



Universidad Andrés Bello
Facultad de Arquitectura y Diseño
Escuela de Arquitectura
Santiago

CARTOGRAFIAS URBANAS

Profesor: JOSÉ LUIS LLANO LOYOLA
Ayudante: PATRICIO DE STEFANI

UNAB
Santiago

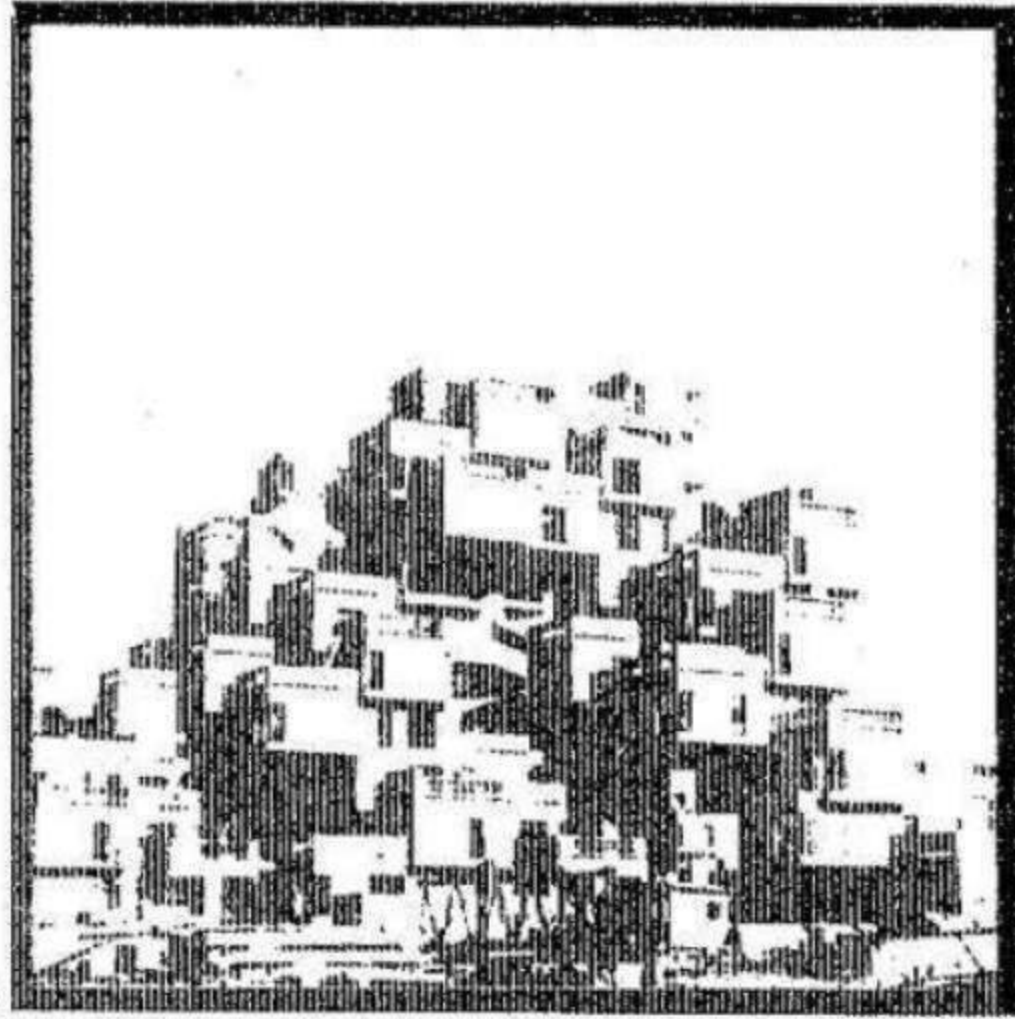
El derecho a la ciudad

Ed. Península
Barcelona, 1969.

Cap. 7 y 11
Niveles de realidad y de análisis / El análisis espectral
Henri Lefebvre
(77-85 / 113-122 pp.)

Este material bibliográfico solo tiene fines docentes
AGOSTO 2009

ediciones península
HISTORIA/CIENCIA/SOCIEDAD 44



**EL
DERECHO
A LA CIUDAD** HENRI LEFEBVRE

La aportación de Henri Lefebvre empieza a ser valorada en la actualidad por los urbanistas de todo el mundo. Aplicando al urbanismo los principios de la sociología marxista, Lefebvre ha enjuiciado el hecho trascendental —para la vida del hombre— de la aparición de la ciudad moderna. La Era Industrial ha propiciado la formación de los grandes conglomerados humanos y ha creado nuevos y graves problemas que el autor enjuicia ahora. Henri Lefebvre es autor de títulos tan importantes como Posición contra los tecnócratas, La vida cotidiana en el mundo moderno, Sociología de Marx, De lo rural a lo urbano, etc., los dos últimos de los cuales han sido publicados en esta misma colección.

Durante largos siglos la tierra ha sido el gran laboratorio, según la expresión de Marx; pero desde hace escasamente un siglo la ciudad ha venido a reemplazarla. El fenómeno urbano manifiesta hoy día su enormidad desconcertante para la reflexión teórica. Ello obliga a concebir una estrategia que permita su conocimiento y que es inseparable de la estrategia política, aunque distinta: ha aparecido el derecho a la ciudad, es decir, a la vida urbana, condición de un humanismo y de una democracia concebida sobre premisas nuevas. La presente obra sienta las bases de un juicio crítico sobre los problemas de la ciudad, en los cuales urbanismo y sociología aparecen como dos ciencias estrechamente vinculadas.

gar el acento sobre las particularidades más que sobre las generalidades, descuida las singularidades de la vida urbana, las maneras de vivir de la ciudad, el *habitar* propiamente dicho. De ahí, otra definición por la pluralidad, la coexistencia y simultaneidad en lo urbano de *patterns* (la vivienda-pabellón, el gran conjunto, la copropiedad, el alquiler, la vida cotidiana y sus modalidades en los in-lectuales, los artistas los comerciantes los obreros etc.)

Estas definiciones (relativas a los niveles de la realidad social) no pretenden ser exhaustivas y no excluyen otras definiciones. Si algún teórico viera en la ciudad el lugar de confrontaciones y relaciones (conflictivas) entre *deseo* y *necesidad*, entre satisfacción e insatisfacción, si fuera hasta describir la ciudad como «lugar del deseo», estas determinaciones serían examinadas y tomadas en consideración. No es cierto que sólo tengan un sentido limitado al dominio de una ciencia parcelaria, la psicología. Es más, habría que cargar el acento sobre el papel histórico de la ciudad: aceleración de procesos (el cambio y el mercado, la acumulación de conocimientos y capitales, la concentración de estos capitales) y lugar de revoluciones. En la actualidad, la ciudad moderna, al convertirse en centro de decisión, o, mejor aún, al agrupar los centros de decisión, intensifica, organizándola, la *explotación* de la sociedad entera (no sólo de la clase obrera sino de las otras clases sociales no dominantes). Ello significa, no que la ciudad sea lugar pasivo de la producción o la concentración de capitales, sino que «lo urbano» interviene como tal en la producción (en los *medios* de producción).

Niveles de realidad y de análisis

Las consideraciones precedentes bastan para demostrar que el análisis de los fenómenos urbanos (de la morfología sensible y social de la ciudad, o, si se prefiere, de *la ciudad, lo urbano*, y su conexión), exige el empleo de todos los instrumentos metodológicos: forma, función, estructura; niveles, dimensiones, texto, contexto, campo y conjunto, escritura y lectura, sistema, significante y significado, lenguaje y metalenguaje, instituciones, etc. Es sabido por otra parte que ninguno de estos términos permite una rigurosa pureza, que no es definible sin ambigüedades y que no escapa a la polisemia. Así sucede con la palabra *forma*, que adquiere significados diversos para el lógico, el crítico literario, el esteta, el lingüista.

El teórico de la ciudad y lo urbano dirá que estos términos se definen como *forma de la simultaneidad*, campo de encuentros y cambios. Esta acepción de la palabra «forma» habrá de precisarse. Así sucede también con el término *función*. El análisis distingue entre funciones internas de la ciudad, funciones de la ciudad en cuanto al territorio (campo, agricultura, pueblos y comarcas, ciudades más pequeñas y subordinadas en un retículo) y, finalmente, las funciones de la ciudad —de cada ciudad— en el conjunto social (división técnica y social del trabajo entre las ciudades, retículos diversos de relaciones, jerarquías administrativas y políticas). Lo mismo respecto a las *estructuras*. Tendríamos la estructura de la ciudad (de cada ciudad, morfológica y socialmente, topológica y tópicamente), luego la estructura urbana de la sociedad y, por último, la estructura social de las relaciones ciudad-campo. De ahí, el entrecruce de determinaciones analíticas y parciales, y las dificultades de una concepción global.

Aquí, como en otras partes, confluyen de ordinario



tres términos, cuyas relaciones conflictivas (dialécticas) se disimulan bajo las oposiciones *de término a término*. Tenemos el campo, la ciudad, y la sociedad con el Estado que la dirige y domina (lo que no está exento de relaciones con la estructura de clases de esta sociedad). Tenemos también, como se ha intentado demostrar, los procesos generales (globales), la ciudad como especificidad y nivel intermedio, luego, las relaciones de inmediatez (vinculadas a una manera de vivir, de habitar, de modular lo cotidiano). Ello exige ahora definiciones más precisas de estos niveles, que no quisiéramos separar ni confundir, pero cuyas articulaciones y desarticulaciones, proyecciones del uno sobre el otro y diversas conexiones conviene mostrar.

El nivel más elevado se sitúa *a la vez* por encima de la ciudad y en la ciudad. Lo que no simplifica el análisis. La estructura social figura en la ciudad, y en ella se hace sensible y significa un orden. Inversamente, la ciudad es un fragmento del conjunto social; transluce, porque las contiene e incorpora en la materia sensible, a las instituciones e ideologías. Los edificios reales, imperiales, presidenciales, «son» parte de la ciudad: la parte política (capital). Estos edificios no coinciden con las instituciones, con las relaciones sociales dominantes. Y, sin embargo, esta relaciones actúan sobre ellos, y de ellos representan la eficacia y la «presencia» sociales. En su nivel específico, la ciudad contiene así la proyección de estas relaciones. Como precisión, e ilustrando con un caso particular ese análisis, tenemos que en París el orden social se representa al nivel más elevado en/por el Ministerio del Interior, al nivel específico por la Prefectura de Policía y también por las comisarías de barrio, sin olvidar los diversos organismos de policía que actúan sea a escala global, sea en la sombra subterránea. La ideología religiosa se significa a escala superior por la catedral, por las sede de los grandes organismos de la Iglesia, y también por las iglesias, las parroquias, las diversas inversiones locales de la práctica religiosa institucionalizada.

A este nivel, la ciudad se manifiesta como un agrupamiento de grupos, con su doble morfología (prácticamente sensible o material por una parte, social por otra. Tiene un código de funcionamiento cuyo eje serían instituciones particulares, como la municipalidad con sus servicios y sus problemas, sus canales de información, sus retículos, sus poderes de decisión. Sobre este plan se proyecta la estructura social, lo que no excluye los fenómenos propios de una ciudad determinada, y las manifestaciones más diversas de la vida urbana. Paradójicamente, considerada a este nivel, la ciudad se compone de espacios inhabitados e incluso inhabitables: edificios públicos, monumentos, plazas, calles, vacíos grandes o pequeños. Hasta ese punto es cierto que «el habitat» no constituye la ciudad, y que la ciudad no puede definirse por esta función aislada.

A nivel ecológico, el habitar se hace esencial. La ciudad envuelve el habitar; la ciudad es forma, envoltura, de este lugar de vida «privada», llegada y meta de retículos que permiten las informaciones y transmiten los órdenes (imponiendo al orden próximo el orden lejano).

Dos enfoques son posibles. El primero va de lo más general a lo más singular (de las instituciones a la vida cotidiana) y descubre la ciudad como plano específico y como mediación privilegiada (relativamente). El segundo parte de este plano y construye lo general destacando elementos y significaciones en lo observable urbano. Esta forma de proceder tiene por objetivo alcanzar, sobre lo observable, lo «privado», la vida cotidiana disimulada: sus ritmos, sus ocupaciones, su organización espacio-temporal, su «cultura» clandestina, su vida subterránea.

En cada nivel se definen *isotopías*: espacio político, religioso, cultural, comercial, etc. Por relación a esas isotopías, los otros niveles se definen como *heterotopías*. Sin embargo, en cada nivel se descubren oposiciones espaciales que entran en esta relación: isotopia-heterotopia. Por ejemplo, la oposición del «habitat» colectivo y el «habitat» de pabellones. Los espacios sobre el plano específico pueden clasificarse también según este criterio

de la isotopía-heterotopía, constituyendo la ciudad entera la isotopía más extensa, englobando a las otras o, global aún, superponiéndose a las otras (a los subconjuntos espaciales a la vez subordinados y constitutivos). Semejante clasificación por oposiciones no olvidará el análisis de los niveles, ni el del movimiento de conjunto con sus aspectos conflictivos (relaciones de clases entre otros). En el nivel ecológico, el del «habitar», se constituyen conjuntos significativos, sistemas parciales de signos, de los que «el mundo del pabellón» ofrece un caso particularmente interesante. La distinción de niveles (y cada nivel a su vez implica niveles secundarios) tiene una utilidad superior en el análisis de relaciones esenciales, por ejemplo, para comprender cómo los valores «de pabellón», en Francia, se convierten en punto de referencia para la conciencia social y los «valores» sobre los otros tipos de habitación. El análisis de las relaciones de inclusión-exclusión, de pertenencia o no pertenencia a determinado espacio de la ciudad, es el único que permite abordar estos fenómenos de gran importancia para la teoría de la misma.

En su plano específico, la ciudad puede dominar significaciones existentes, políticas, religiosas, filosóficas. Las asume para decirlas, para *exponerlas* por vía —o voz— de los edificios, monumentos, y también por las calles y plazas, por los vacíos, por la teatralización espontánea, los encuentros que en ellos se desenvuelven, sin olvidar las fiestas, las ceremonias (con los lugares cualificados y apropiados). Al lado de la escritura está la palabra de lo urbano, aún más importante. Estas palabras dicen la vida y la muerte, la dicha o la desgracia. La ciudad tiene esta capacidad que la hace conjunto significativo. Sin embargo, para apoyar una advertencia precedente, la ciudad no realiza esta tarea graciosa ni gratuitamente. Ni se le exige así. El esteticismo, fenómeno de decadencia, llega tarde: lo mismo que el urbanismo. Son *órdenes* que, en forma de significaciones, en el aspecto de la simultaneidad y de los encuentros, en la forma finalmente de un lenguaje y una escritura, la ciu-

dad transmite. El orden lejano se proyecta en el orden próximo. Este orden lejano no es nunca o casi nunca unitario. Está el orden religioso, el político, el moral, cada uno de ellos apoyándose en una ideología, con sus implicaciones políticas. Entre estos órdenes, la ciudad realiza en su plano una unidad o, mejor aún, un simbolismo. Los disimula, y vela sus rivalidades y conflictos tornándolos imperiosos. Los traduce en *consignas* de acción, en empleos del tiempo. Con el empleo del tiempo, estipula (significa) una jerarquía minuciosa de lugares, instantes, ocupaciones, personas. Además, la ciudad refracta estos imperativos en un estilo, admitiendo que exista vida urbana original. Un estilo así se caracteriza como arquitectónico y deriva del arte y del estudio de las obras de arte.

La semiología de la Ciudad tiene, por tanto, un interés teórico y práctico superior. La ciudad emite y recibe mensajes. Estos mensajes se comprenden o no se comprenden (se codifican y descodifican, o no). Puede, pues aprehendérsela según los conceptos procedentes de la lingüística: *significante* y *significado*, *significación* y *sentido*. Sin embargo, sólo con las mayores reservas y precauciones puede considerarse a la Ciudad como un *sistema* (sistema único) de significaciones y sentidos, y por tanto de valores. En la ciudad, como en tantas otras cosas, hay *varios sistemas* (o si se prefiere, varios subsistemas). Es más, la semiología no agota la realidad práctica e ideológica de la ciudad. La teoría de la ciudad como sistema de significaciones tiende hacia una ideología, separa «lo urbano» de su base morfológica de la práctica social, reduciéndolo a una relación «*significante-significado*», y extrapolando a partir de significaciones realmente percibidas. Esta teoría adolece de una gran ingenuidad. Por cierto que sea que un pueblo bororo «significa», y que la ciudad griega está cargada de sentido, ¿vamos a construir vastos pueblos bororos llenos de signos de la modernidad?, o bien, ¿vamos a restituir el ágora con su sentido en el centro de la ciudad nueva?

El fetichismo de la relación formal «significante-significado» comporta inconvenientes aún más graves. Acepta pasivamente la ideología del consumo dirigido, o, peor aún, contribuye a ella. En la ideología del consumo y en el consumo «real» (entre comillas), el consumo de *signos* desempeña un papel cada vez mayor. El fetichismo no suprime el consumo de espectáculos «puros», sin actividad, sin participación, sin obra ni producto, sino que se añade a ésta, y se superpone como una sobredeterminación. Ello permite que la publicidad de bienes de consumo se convierta en el principal bien de consumo y tienda a incorporarse al arte, la literatura, la poesía, y a plantarlas utilizándolas como retóricas. De este modo, se convierte en la ideología misma de esta sociedad; cada «objeto», cada «bien» se desdobra en una realidad y una imagen, que a su vez constituye parte esencial del consumo. Se consumen signos al igual que objetos: signos de felicidad, de satisfacción, de poder, de riqueza, de ciencia, de tecnología, etc. La producción de estos signos se integra en la producción global y desempeña un papel integrador capital en relación a las otras actividades sociales productoras u organizadoras. El signo se compra y se vende; el lenguaje se convierte en valor de cambio. Las significaciones de esta sociedad son así, bajo la apariencia de signos y significaciones en general, entregadas al consumo. Por consiguiente, el que concibe a la ciudad y a la realidad urbana como sistema de signos, implícitamente entrega éstas al consumo como objetos integralmente consumibles: como valor de cambio en estado puro. Esta teoría, al cambiar los lugares en signos y valores, lo práctico sensible en significaciones formales, cambia también a aquel que percibe éstos en puro consumidor de signos. El *Paris bis* o el *tercer París* concebidos por los promotores acaso no sean otra cosa que centros de consumo promovidos a un grado superior por la intensidad del consumo de signos. La semiología urbana, de perder su ingenuidad, corre el riesgo de ponerse a su servicio.

Y es que el análisis semiológico debe distinguir múl-

tiples niveles y dimensiones. Tendríamos, así, la *palabra* de la ciudad: lo que ocurre y transcurre en la calle, en las plazas, en los vacíos: lo que allí se dice. Tendríamos también la *lengua* de la ciudad: las particularidades de esta ciudad determinada que se expresan en los discursos, los gestos, los vestidos, las palabras y el empleo de las palabras por los habitantes. Tendríamos el *lenguaje urbano*, al que podemos considerar como lenguaje de connotaciones, como un sistema secundario, y derivado al interior del sistema denotativo (por emplear aquí la terminología de Hjemslev y Greimas) y por último tendríamos la *escritura de la ciudad*: lo que se inscribe y se prescribe en sus muros, en la disposición de los lugares y su encadenamiento, en resumen, *el empleo del tiempo* en la ciudad de los habitantes de la ciudad.

El análisis semiológico debe distinguir además el nivel de los *semantemas* o elementos significantes (líneas derechas o curvas, grafismos, formas elementales de las entradas, puertas y ventanas, rincones, ángulos, etc.); el nivel de los *morfemas* u objetos significantes (inmuebles, calles, etc.), y, por último, el de los conjuntos significativos o superobjetos, y por tanto la ciudad.

Habría que estudiar cómo se significa la globalidad (semiología del *poder*); cómo se significa la ciudad (es ésta la semiología propiamente *urbana*); y cómo se significan las maneras de vivir y habitar (semiología de la vida cotidiana, del habitar y del habitat). No hay que confundir la ciudad en cuanto que capta y expone las significaciones venidas de la naturaleza, del país, y del paisaje (por ejemplo: el árbol) con la ciudad en cuanto lugar de consumo de signos. Ello equivaldría a confundir la fiesta con el consumo ordinario.

No olvidemos las *dimensiones*. La ciudad tiene una dimensión *simbólica*; los monumentos, pero también los vacíos, plazas y avenidas, simbolizan el cosmos, el mundo, la sociedad, los intereses, el Estado. Tiene una dimensión *paradigmática*; implica y muestra oposiciones, el dentro y el fuera, el centro y la periferia, lo integrado a la sociedad urbana y lo no integrado. Posee, finalmen-

te, la dimensión *sintagmática*; ligazón de elementos, articulación de isotopías y heterotopías.

A su nivel específico, la ciudad, en cuanto que es capaz de reflejar, de exponer los otros subsistemas, y de aparecer como un «mundo», como una totalidad única en la ilusión de lo inmediato y lo vivido, se presenta como subsistema privilegiado. En esta capacidad residen precisamente el encanto, la tonicidad, la tonalidad propias de la vida urbana. Pero el análisis disipa esa impresión y revela varios sistemas ocultos en la ilusión de unicidad. El analista no puede permitirse el lujo de compartir esta ilusión y consolidarla manteniéndose en el plano de «lo urbano», en lugar de discernir en él los aspectos de un conocimiento más extenso.

Todavía no hemos terminado el inventario de los subsistemas de significaciones, y, por consiguiente, de lo que el análisis semiológico puede aportar al conocimiento de la ciudad y lo urbano. Si consideramos los sectores de pabellones y los «nuevos conjuntos», sabemos ya que cada uno de ellos constituye un sistema (parcial) de significaciones, y que, a partir de su oposición, se establece otro sistema que sobredetermina a cada uno de ellos. Ello permite percibir y concebir a los habitantes de los pabellones en la imaginación del habitat, y permite que los «conjuntos» establezcan la lógica del habitat y se perciban según esta racionalidad impositiva. Al mismo tiempo, e inmediatamente, el sector de pabellones se convierte en el punto de referencia por el que se aprecian el habitat y la cotidianidad, a los que la práctica reviste de lo imaginario y de signos.

Entre los sistemas de significaciones importaría estudiar con la mayor atención (crítica) el de los *arquitectos*. Sucede con frecuencia que individuos de talento creen concebirse en el seno del conocimiento y la experiencia cuando simplemente permanecen en el seno de un sistema de grafismos de proyección sobre el papel, de visualizaciones. No es pues imposible, al tender los arquitectos por su parte hacia un sistema de significaciones al que con frecuencia titulan «urbanismo», que los

analistas de la realidad urbana (que agrupan los datos fragmentarios de los arquitectos) constituyan un sistema de significaciones un poco diferente, al que también denominan urbanismo, y cuya programación confían a las máquinas.

El análisis crítico disipa el privilegio de lo vivido en la sociedad urbana. Para él, lo vivido es únicamente un «plano», un nivel y, sin embargo, el análisis no hace desaparecer este plano. Al modo de un libro, existe. ¿Quién lee este libro abierto? ¿Quién recorre esta escritura? No es un «tema» bien definido y, sin embargo, una sucesión de actos y encuentros constituye sobre este plano mismo la vida urbana, o «lo urbano». Esta vida urbana intenta volver los mensajes, órdenes, presiones venidas de lo alto contra sí mismas. Intenta *apropiarse* el tiempo y el espacio imponiendo su juego a las dominaciones de éstos, apartándoles de su meta, trampeando. Más o menos, interviene también en el nivel de la ciudad y de la manera de vivir. Lo urbano es así, más o menos, obra de ciudadanos, en vez de imposición como sistema a este ciudadano: igual que un libro ya terminado.



ciones la dispersión crece: la división del trabajo es llevada a las últimas consecuencias, con segregación de grupos sociales y separaciones materiales y espirituales. Estas dispersiones sólo son conseguibles y apreciables *por referencia* a la forma de la simultaneidad. Sin esta forma, la dispersión y la separación son pura y simplemente apercibidas, aceptadas, sancionadas, como hechos. De este modo, la forma permite designar el contenido o, mejor aún, los contenidos. El movimiento, en su emergencia, hace aparecer un movimiento oculto, el movimiento dialéctico (conflicto) del contenido y de la forma urbana: la problemática. La forma en la cual se inscribe esta problemática plantea cuestiones que se inscriben en la misma. ¿Ante y para quién se establece la simultaneidad, la conjunción de los contenidos y de la vida urbana?

En realidad, esta racionalidad limitada a la que vemos en acción en la práctica (incluido el urbanismo aplicado) se ejerce sobre todo según las modalidades de una inteligencia analítica muy avanzada, muy armada, dotada de grandes medios de presión. Este intelecto analítico se reviste de privilegios y prestigios de la síntesis y, de este modo, disimula lo que recubre: las estrategias. Cabe imputarle su perentorio cuidado por lo funcional, o, mejor aún, por lo *unifuncional*, así como la subordinación de detalles minuciosamente contabilizados a la representación de una globalidad social. De este modo, desaparecen las *mediaciones* entre el conjunto ideológico que se toma por racional (técnica o económicamente) y las medidas detalladas, objetos de táctica y previsión. Esta puesta entre paréntesis de mediaciones teóricas y prácticas, sociales y mentales, no está ausente de humor negro en una sociedad en la que los intermediarios (comerciantes, financieros, publicitarios, etc.) detentan inmensos privilegios. Y es que lo uno cubre a lo otro. Y así es como entre lo global (que planea por encima del vacío) y lo parcial se abre un abismo, manipulado, reprimido, sobre el que gravitan las instituciones.

Lo que sacamos aquí a discusión no es una «globalidad» incierta sino una *ideología* y la *estrategia* de clase que utiliza y sostiene esta ideología. Al uso ya mencionado de la inteligencia analítica añadiríamos también la extrema parcelación del trabajo y la especialización llevada a sus últimos límites (entre ellos los estudios especializados de los urbanistas), así como la proyección sobre el terreno de los elementos de la sociedad, después de una especie de análisis «espectral». La *segregación* debe ser puesta en claro con sus tres aspectos, simul-

táneos unas veces, sucesivos otras: *espontáneo* (procedente de lo ingresos y las ideologías); *voluntario* (es decir, estableciendo espacios separados); *programado* (bajo el plumaje de ordenación y plan).

Indiscutiblemente, en todos los países a las tendencias segregacionistas se oponen fuertes tendencias. No puede afirmarse que la segregación de grupos, etnias, estratos y clases sociales provenga de una estrategia constante y uniforme de los poderes, ni que haya que ver en ella la proyección eficaz de las instituciones, la voluntad de los dirigentes. Es más, hay voluntades y acciones concertadas que intentan combatirla. Y, sin embargo, precisamente ahí donde la separación de los grupos sociales no aparece sobre el terreno con una evidencia clamorosa, aparecen al examen una presión en este sentido e indicios de segregación. El caso límite, el resultado final, es el ghetto. Observemos que existen varios ghettos y tipos de ghettos: los de judíos y los de negros, pero también los de intelectuales y los de obreros. A su modo, también los barrios residenciales son ghettos: a estos ghettos de la riqueza acuden personas de alto nivel de rentas o poder para autoaislarse. El ocio tiene sus ghettos. Allá donde hubo una acción concertada que intentó barrer capas sociales y clases, rápidamente una decantación espontánea separó a éstas. El fenómeno de la segregación debe analizarse según diversos índices y criterios: *ecológicos* (*bidonvilles*, barraquismo, podredumbre del corazón de la ciudad), *formales* (deteriorización de los signos y significaciones de la ciudad, degradación de «lo urbano» por dislocación de sus elementos arquitectónicos), *sociológicos* (niveles de vida y modos de vida, etnias, culturas y subculturas, etc.).

Las tendencias antisegregacionistas serían más bien ideológicas. Unas veces se apoyan en el humanismo liberal, otras en la filosofía de la ciudad, considerada como «tema» (comunidad, organismo social).

Pese a las buenas intenciones humanistas y las buenas voluntades filosóficas, la *práctica* tiende a la segregación. ¿Por qué? Por razones teóricas y en virtud de cau-

sas sociales y políticas. En el plano teórico, el pensamiento analítico se para, se recorta. Cuando pretende alcanzar una síntesis, fracasa. Social y políticamente, las estrategias de clase (inconscientes o conscientes) apuntan a la segregación.

En un país democrático, los poderes públicos no pueden decretar públicamente la segregación como tal. Por ello, con frecuencia adoptan una ideología humanística que se torna en utopía en el sentido más anticuado, cuando no en demagogia. La segregación se extiende hasta en los sectores de la vida social que estos poderes públicos rigen, más o menos fácilmente, más o menos profundamente, pero siempre.

El Estado y la Empresa, a mi entender, se esfuerzan por absorber la ciudad, por suprimirla como tal. El Estado procede más bien por arriba y la Empresa por abajo (asegurando la habitación y la función de habitar en las ciudades obreras y conjuntos de una «sociedad», dominando también el ocio, e incluso la cultura y la «promoción social»). El Estado y la Empresa, pese a sus diferencias y a veces conflictos, convergen hacia la segregación.

Dejamos abierta la cuestión de saber si las formas políticas del Estado (capitalista, socialista, transitorio, etc.) engendran o no estrategias diferentes para con la ciudad. Por el momento, no intentaremos saber dónde, cómo, en quiénes y con quiénes se elaboran estas estrategias. Nos limitamos a verificar estrategias, observándolas como orientaciones significativas. Las segregaciones que destruyen morfológicamente la ciudad y amenazan la vida urbana no pueden pasar como efecto de azares o de coyunturas locales. Contentémonos con indicar que el carácter *democrático* de un régimen se mide por su actitud hacia la ciudad, las «libertades» urbanas, la realidad urbana, y por consiguiente hacia la *segregación*. Este será, seguramente, uno de los criterios más importantes a retener. Por lo que respecta a la ciudad y su problemática, es esencial. Falta todavía distinguir entre el poder político y las coacciones sociales capaces de anular

los efectos de la voluntad (buena o mala) de los políticos. Por lo que respecta a la Empresa dejaremos igualmente abierta la pregunta. ¿Cuáles son las relaciones entre la racionalidad en general (ideología y práctica), entre la planificación (general y urbana), por una parte, y la gestión racional de las grandes empresas? Emitamos, sin embargo, una hipótesis, una guía para la investigación. La racionalidad de la empresa implica un análisis llevado al extremo de los trabajos, operaciones, y concatenaciones. Es más, las razones y causas de una estrategia de clases se juegan hasta apurarse en la empresa capitalista. Hay por tanto una probabilidad muy grande de que la empresa en cuanto tal siga el sentido de la segregación extrema, de que actúe en este sentido e intervenga en la presión social, cuando no en la decisión.

El Estado y la Empresa pretenden acaparar las funciones urbanas, asumirlas y asegurarse su control destruyendo la forma de lo urbano. ¿Pueden hacerlo? Estos objetivos estratégicos, ¿no superarán acaso sus fuerzas, conjugadas o no? Serían del mayor interés investigaciones sobre este punto. La crisis de la ciudad, cuyas condiciones y modalidades se descubren poco a poco, va pareja a una crisis de las instituciones a escala de la ciudad, de la jurisdicción y de la administración urbanas. El Estado asume más y más bajo su control todo aquello que derivaba del nivel característico de la ciudad (municipalidad, gastos e inversiones locales, escuelas y programas escolares, universidades, etc.) y que ahora se institucionaliza en el marco global. Por todo ello la ciudad, como institución específica, tiende a desaparecer, lo cual la destruye en cuanto obra de grupos originales, a su vez específicos. Sin embargo (pero esto debe ser probado por investigaciones de sociología jurídica, económica, administrativa, cultural), ¿pueden las instancias y poderes superiores prescindir de esta apoyatura, de esta mediación, la ciudad? ¿Pueden abolir lo urbano? La vida cotidiana, regida por instituciones que la reglamentan desde arriba, consolidada y orientada por múltiples presiones, se constituye precisamente a este nivel. La raciona-

lidad productivista que tiende a suprimir la ciudad en el nivel de la planificación general, la reencuentra en el plano del consumo organizado y controlado, del mercado vigilado. Los poderes, tras haberla marginado, en el nivel de las decisiones globales, la reconstituyen en el nivel de las ejecuciones, de las aplicaciones. De ahí resulta, suponiendo que pueda comprenderse la situación en Francia y otros lugares, una increíble maraña de medidas (todas razonables), reglamentos (todos ellos muy elaborados), coacciones (todas motivadas). El funcionamiento de la racionalidad burocrática se pierde en sus presuposiciones y consecuencias, que lo desbordan, sin conseguir refrenarlas. Conflictos y contradicciones renacen plagados de actividades «estructurantes» y acciones «concertadas» destinadas a suprimirlos. Aquí se hace manifiesto sobre el terreno lo absurdo del racionalismo limitado (cerrado) de la burocracia y la tecnocracia. Aquí se aprehende la falsedad de la ilusoria identificación entre lo racional y lo real en el Estado, y la verdadera identidad entre lo absurdo y un cierto racionalismo autoritario.

En nuestro horizonte, la ciudad y lo urbano se perfilan como objetos virtuales, como proyectos de una reconstrucción sintética. El análisis crítico constata el fracaso de un pensamiento analítico y no crítico. ¿Qué retiene de la ciudad, de lo urbano, esta práctica analítica cuyos resultados podemos verificar sobre el terreno? Aspectos, elementos, fragmentos. Bajo los ojos, exhibe el espectro, el análisis espectral de la ciudad. Cuando hablamos de *análisis espectral* entendemos en estas palabras una acepción casi literaria, y no una metáfora. Ante la vista, bajo nuestras miradas, tenemos «el espectro» de la ciudad, el de la sociedad urbana y quizás el de la sociedad a secas. Si el espectro del comunismo no atosiga ya a Europa, la sombra de la ciudad, la añoranza de lo que murió porque lo mataron, el remordimiento incluso, han reemplazado al antiguo atosigamiento. La imagen del infierno urbano que se nos prepara no es menos fascinante, y las gentes se vierten en raudales en las ruinas de las ciu-

dades antiguas para consumirlas turísticamente, creyendo así consolar su nostalgia. Ante nosotros se extienden como un espectáculo (para espectadores «inconscientes» de lo que tienen ante su «consciencia») los elementos de la vida social y de lo urbano: disociados, inertes. Ante nosotros, «conjuntos» sin adolescentes, sin personas de edad. Ante nosotros, mujeres soñolientas: sus maridos en tanto trabajarán lejos, para volver hastiados. Ante nosotros, sectores de pabellones que forman un microcosmos y, pese a ello, continúan siendo urbanos porque dependen de los centros de decisión y porque en ningún hogar falta televisión. Ante nosotros, una vida cotidiana recortada en fragmentos: trabajo, transporte, vida privada, ocio. La separación analítica ha aislado a estos fragmentos como si se tratara de ingredientes y elementos químicos, o materiales brutos (cuando, por el contrario, son resultado de una larga historia e imbrican una apropiación de la materialidad). Pero aún no hemos terminado. Ante nosotros, el ser humano, desmembrado, disociado. Ante nosotros, los sentidos, el olfato, el gusto, la vista, el tacto, el oído, los unos atrofiados, los otros hipertrofiados. Ante nosotros, la percepción, la inteligencia y la razón funcionando separadamente. Ante nosotros, la palabra y el discurso, lo escrito. Ante nosotros, la cotidianidad y la fiesta, esta última moribunda. Evidentísimo, urgentísimo, imposible seguir así. La *síntesis* se inscribe pues en la orden del día, en la orden del siglo. Pero, al intelecto analítico esta síntesis se le presenta únicamente como *combinatoria* de elementos separados. Y, sin embargo, la combinación no es nunca síntesis. La ciudad y lo urbano no se reconstituyen a partir de signos de la ciudad, de los semantemas de lo urbano, y eso que la ciudad es un conjunto significativo. La ciudad no es únicamente un lenguaje, sino una práctica. Nadie pues, y no tememos repetirlo y subrayarlo, está capacitado para pronunciar esta síntesis, para anunciarla. El sociólogo o el *animador* social, ni más ni menos que el arquitecto, el economista, el demógrafo, el lingüista, el semiólogo. Nadie tiene ni el poder ni el derecho de hacer-

lo. El único que quizás tendría este derecho sería el filósofo, de no haber ya demostrado la filosofía a lo largo de los siglos su incapacidad para alcanzar totalidades concretas (pese a que siempre apuntara a la totalidad y se planteara las cuestiones globales y generales). La posibilidad y la exigencia de una síntesis, la orientación hacia el objetivo de conjugar lo que se presenta disperso, disociado, separado, dentro de la forma de la simultaneidad y de los encuentros, sólo puede ser encomendada a una *praxis*, cuyas condiciones están por determinar.

Tenemos, pues, ante nuestra vista, proyectadas separadamente sobre el terreno, a los grupos, etnias, edades y sexos, actividades, trabajos, funciones, conocimientos. Tenemos todo lo necesario para crear un mundo, una sociedad urbana o «lo urbano» desarrollado. Pero este mundo está ausente; esta sociedad está ante nosotros únicamente en estado de virtualidad. Corre el riesgo de nacer siendo sólo germen. En las condiciones existentes, antes de nacer, moriría. Las condiciones que hacen surgir las posibilidades pueden también mantenerlas en el estado virtual, en la presencia-ausencia. Quizás aquí reside la raíz del drama, el punto de emergencia de las nostalgias. Lo urbano obsesiona a los que viven en la carencia, en la pobreza, en la frustración de los posibles que sólo como posibles permanecen. De este modo, la integración y la participación obsesionan a los no participantes, a los no integrados, a los que sobreviven entre los fragmentos de la sociedad posible y las ruinas del pasado: excluidos de la ciudad, a las puertas de «lo urbano».

El camino recorrido se jalona de contradicciones entre lo total (global) y lo parcial, entre el análisis y la síntesis. Es ésta una noticia que se descubre, alta y profunda, que no interesa ya a la teoría, sino a la práctica. Una misma *práctica social*, la de la sociedad actual (en Francia, segunda mitad del siglo xx), ofrece al análisis crítico un doble carácter que no puede reducirse a una oposición significante, pese a que significa.

Por una parte, esta práctica social es *integrativa*. Persegue integrar sus elementos y aspectos en un todo coherente. La integración se realiza a diferentes niveles, según modalidades diversas: Por el mercado, en el «mundo de la mercancía», dicho de otro modo, por el consumo y la ideología del consumo; por la «cultura» presentada como unitaria y global; por los «valores», entre ellos el arte por la acción del Estado, incluida la conciencia nacional, la de las opciones y estrategias políticas a escala del país. Esta integración apunta primeramente a la clase obrera, pero también a la *intelligensia* y los intelectuales, a pensamiento crítico (sin excluir el marxismo). El urbanismo podría fácilmente hacerse esencial a esta práctica integrativa.

Al mismo tiempo, esta sociedad practica la *segregación*. Esa misma racionalidad que se pretende global (organizadora, planificadora, unitaria y unificante) se concretiza en el nivel analítico. Proyecta sobre el terreno la separación. Tiende (como en Estados Unidos) a componerse de ghettos o de *parkings*, el de los obreros, el de los intelectuales, el de los estudiantes (el *campus*), el o los de los extranjeros, sin olvidar el ghetto de los ocios o de la «creatividad», reducida a la miniaturización y al «hágalo usted mismo». Ghetto en el espacio y ghetto en el tiempo. En la representación urbanística, el término *zoning* implica ya separación, segregación, aislamiento, en los ghettos ordenados sobre el territorio. En el proyecto, el hecho se convierte en racionalidad.

Esta sociedad se pretende y se cree *coherente*. Persegue la coherencia, vinculada a la racionalidad, considerada a la vez como característica de la acción eficaz (organizadora), como valor y criterio. La ideología de la coherencia descubre al examen una incoherencia oculta y sin embargo escandalosa. La coherencia quizás no sea otra cosa que la obsesión de una sociedad incoherente que busca su vía hacia la coherencia queriendo detenerse en la situación conflictiva, desmentida, nacida como tal.

Y no es ésta la única obsesión. La *integración* se

convierte asimismo en tema obsesivo, en una aspiración sin meta. El término «integración» considerado en acepciones muy diversas, aparece en los textos (periódicos, libros, y también discursos) con una frecuencia tan grande que es ya indicio de algo. Por una parte, este término designa un *concepto* que concierne y cerca la práctica social, denunciando una estrategia. Por otra parte es un connotador social, sin concepto, sin objetivo ni objetividad, y que revela una obsesión: la de *integrarse* (a esto, a aquello: a un grupo, a un conjunto, a un todo). ¿Podría ocurrir de otro modo en una sociedad que superpone el todo a las partes, la síntesis al análisis, la coherencia a la incoherencia, la organización a la dislocación? Esta dualidad constitutiva con su contenido conflictivo, se descubre precisamente partiendo de la ciudad y de la problemática urbana. ¿Con qué resultados? Sin ninguna duda, fenómenos paradójicos de *integración desintegrante* que atentan en particular a la realidad urbana. Ello no quiere decir que esta ciudad se desintegre, caiga a pedazos. No. Funciona. ¿Cómo? ¿Por qué? Ello constituye a su vez un problema, pues quiere también decir que este funcionamiento no puede ir separado de un malestar enorme: su obsesión.

Otro tema obsesivo: la *participación* (vinculada a la integración). Pero no se trata de una simple obsesión. En la práctica, la ideología de la participación permite obtener al menor costo la aquiescencia de personas interesadas e implicadas. Después de un simulacro más o menos extremado de información y actividad social, vuelven a su tranquila pasividad, a su retiro. No está claro que la participación real y activa tenga ya un nombre. Se denomina *autosugestión*. Lo cual plantea otros problemas.

Fuerzas muy poderosas tienden a destruir la ciudad. Ante nosotros, un cierto urbanismo proyecta sobre el terreno la ideología de una práctica que apunta a la muerte de la ciudad. Estas fuerzas sociales y políticas arrasan «lo urbano» en formación. Este germen, a su manera muy poderoso, ¿puede nacer en las fisuras que aún sub-

sisten entre estas masas: el Estado, la Empresa, la Cultura (que deja perecer a la ciudad, ofreciendo al consumo su imagen y sus obras), la Ciencia o, mejor aún, la científicidad (que se pone al servicio de la racionalidad existente, que la legítima)? ¿Podrá la vida urbana recobrar e intensificar las casi desaparecidas capacidades de *integración* y *participación* de la ciudad, que no son estimulables ni por vía autoritaria, ni por prescripción administrativa, ni por intervención de especialistas? Así se formula el problema, teóricamente capital. El sentido político de la segregación como estrategia de clases está pues claro, haya o no un «sujeto» de esta segregación reconocible por el análisis, y sea ésta o no resultado global de una serie de acciones no concertadas por efecto de una voluntad. Para la *clase obrera*, víctima de la segregación, expulsada de la ciudad tradicional, privada de la vida urbana actual o posible, se plantea un problema práctico y por tanto *político*. Y ello, aun cuando no hubiera sido planteado políticamente, y pese a que la cuestión del alojamiento enmascarara hasta el momento, para sí y sus representantes, la problemática de la ciudad y lo urbano.

El derecho a la ciudad

La reflexión teórica queda restringida a redefinir las formas, funciones, estructuras de la ciudad (económicas, políticas, culturales, etc.), así como las necesidades sociales inherentes a la sociedad urbana. Hasta el momento sólo han sido investigadas, y, por otra parte, más bien manipuladas que efectivamente conocidas y reconocidas, las necesidades individuales con sus motivaciones marcadas por la sociedad llamada de consumo (la sociedad burocrática de consumo dirigido). Las necesidades sociales tienen un fundamento antropológico; opuestas y complementarias a un tiempo, comprenden la necesidad de seguridad y la de apertura, la de certidumbre y aventura, la de organización del trabajo y la de juego, las necesidades de previsibilidad y de imprevisto, de unidad y de diferencia, de aislamiento y de encuentro, de cambios y de inversiones, de independencia (cuando no de soledad) y comunicación, de inmediatez y perspectiva a largo plazo. El ser humano tiene también la necesidad de acumular energías y la de gastarlas, e incluso derrocharlas en el juego. Tiene necesidad de ver, de oír, de tocar, de gustar, y la necesidad de reunir estas percepciones en un «mundo». A estas necesidades antropológicas elaboradas socialmente (es decir, unas veces separadas, otras reunidas, acá comprimidas y allí hipertrofiadas) se añaden necesidades específicas que no satisfacen los equipos comerciales y culturales más o menos parsimoniosamente tenidos en consideración por los urbanistas. Nos referimos a la necesidad de actividad creadora, de obra (no sólo de productos y bienes materiales consumibles), de necesidades de información, simbolismo, imaginación, actividades lúdicas. A través de estas necesidades específicas vive y sobrevive un deseo fundamental, del que